



CLARA DÍAZ

Gran Premio a la Trayectoria 2016

CLARA DÍAZ

EL CAMINO DEL BORDO



EL CAMINO DEL BORDO
CLARA DIAZ

FONDO NACIONAL DE LAS ARTES
Casa Victoria Ocampo, Rufino de Elizalde 2831

agosto/septiembre 2017

Curadoras

Teresa Anchorena
Isabel Cárcano de Viel Castel

Coordinación General

Tamara Florin

Coordinación Casa Victoria Ocampo

Fabián Valle

Producción

Magdalena Cernadas
Juan Balza



El Gran Premio Trayectoria

De todas las tradiciones del Fondo Nacional de las Artes, ésta es la más conmovedora y la más trascendental. La entrega de los Premios a la Trayectoria es el momento en el que celebramos y agradecemos la creación y las obras de nuestros artistas.

Este reconocimiento se instauró en 1963. El primer galardonado fue Jorge Luis Borges, y luego siguieron otros grandes artistas argentinos, entre ellos Raquel Forner, Tita Merello, María Elena Walsh y Enrique Santos Discépolo. Además, para que todas las expresiones tuvieran su homenaje, a partir de 1992 el FNA comenzó a otorgar la distinción en todas las disciplinas, con la salvaguarda de que cada año hay una que recibe el Gran Premio Fondo Nacional de las Artes.

En 2016, para este directorio fue un honor elegir a Clara Díaz: una de las maravillas que produjo nuestra región mediterránea y su tradición ancestral, la de las alfombras de bordo. Clara, miembro de una antigua familia que se instaló en Córdoba hace ya muchas generaciones, es una gran artista que muy pocos conocen, un secreto bien guardado de nuestra increíble Argentina.

CAROLINA BIQUARD

Presidente
Fondo Nacional de las Artes

Arte, belleza y animales aparecen con contundencia en las alfombras de Clara. Las sierras, la colonia y nuestra identidad criolla están presentes siempre. Cada vez que miro o que camino por una de sus alfombras me siento contenta de ser argentina, y me maravillo pensando en la síntesis fabulosa que logró Clara entre el viejo mundo y la tierra que todavía promete pero que no termina de despegar.

Gracias a Clara y a los cientos de artistas que vamos descubriendo, los que trabajamos en el Fondo pensamos que esa promesa algún día se cumplirá. No hay manera de que un país genere semejantes representantes de su belleza, de sus contradicciones y dobleces, de su dolor, artistas de tanto vuelo e ingenio, y que eso no se traduzca en la grandeza que todos nos merecemos.

Creo profundamente que esa inmensidad que nos muestran nuestros artistas nos va a albergar a todos, pronto. Porque la creación siempre presenta el lado claro de la Luna y también su oscuridad. Los artistas crean con su parte sana, con su parte lúcida.

Nuestra obligación es generar condiciones aún más propicias para que esas luces nos iluminen a todos. Es por eso que, con satisfacción y con expectativas, presentamos hoy la obra de nuestra gran premiada 2016. Para que esa posta que nos pasaron nuestros antecesores llegue a constituir el faro de esperanza que con sabiduría nos legaron los fundadores del Fondo, allá por 1963.



TERESA ANCHORENA

Directora
Fondo Nacional de las Artes

Clara Díaz, artista

Conozco a Clara Díaz desde hace mucho tiempo. Y cada día más, a través de su obra: las alfombras de bordo. Expresiones que son parte de sí, de su propio Ischilín, Córdoba, donde se le reveló esta multiplicación de color y textura que nos ofrece hoy en Buenos Aires.

Clara, además de ser una enorme artista, es de esas almas clave que hilvana, que sustenta, que teje, ya no sólo las alfombras de bordo como género creativo, sino como legado de continuidad. Su arte es correlato de un modo de ser local, tan de antes, donde la virtuosa sencillez criolla convivía con la celebración del entorno. "A veces, en Maza (Ischilín) mi padre me decía, ven a sentarte, a sentir pasar el tiempo..." recuerda Clara, y me lo escribió hace poco. Ese tiempo que pasaba era el de la observación, transmitido a sus alfombras de bordo, como un legado de amor por el espacio, por los animales, por la tierra.

Clara hundió sus raíces en nuestra tierra, de allí, el sol en la lana, impregnada de infancia y del acervo al paso de granadas, pica ores, zorzales, yaguaretés, liebres, mariposas, cabras, palmeras, pencas, perdices. El paraíso perdido, por ella reencontrado en sus mapas-alfombra, en sus alfombras de bordo. También dan cuenta de ello las discípulas de Clara: mujeres que trabajan en la lana, en el color, en la luz. Hacer que de mano en mano, de voz en voz, replican este bellissimo arte.

En cada una de sus obras, el bordo es nuestro propio país en estado de gracia: con sus luces y sombras, sus animales, sus infinitas flores, blancas, azules, rojas y ocre. La conjunción de arte, de docencia, de preservación de un hacer, suma a las razones que, en 2016, le merecieron el Gran Premio Fondo Nacional de las Artes.

Y Clara hoy nos premia con sus alfombras: espejo en donde todos podemos vernos un poco. Como ella cuando aprendía el silencio, observando ese pasar del tiempo junto a su padre.







**CLARA DÍAZ Y
LAS ALFOMBRAS
MÁGICAS**

JOSEFINA LICITRA

Cuando todo era muy caro y no se importaban telas ni objetos como los que hoy llegan a la Argentina. Cuando el interior estaba todavía más lejos de la ciudad de Buenos Aires y acceder a ciertos bienes de consumo era infinitas veces más difícil que hacerlo en la capital. Cuando era la primera mitad del siglo XX y era Córdoba, y la vida era el resultado de mucho más que un esfuerzo, Clara Díaz, hija de Raúl Díaz y Clara Rosa Crespo y fruto de una prole abundante que había dejado en la casa cinco hermanas y cuatro hermanos, hizo lo que hacían todas en su familia: procurarse su propia ropa. Empezar a coser y a tejer.

—Después mis hermanas siguieron con eso, pero yo no. A mí me gustan las alfombras, mire ésta: mire el bordo. ¿Usted sabe qué es el bordo?

Ahora, casi un siglo más tarde, Clara Díaz, de noventa años, toma una alfombra que hizo algunas décadas atrás, y con un dedo fino y temperamental señala un relieve de la lana en la tela. El bordo es una técnica que se cree que viene del medioevo español —aunque Clara sospecha que podría venir, en realidad, de China—, que alterna el bordado chato y el relieve, y que llegó a Córdoba a través de las monjas catalinas, quienes adaptaron los motivos del diseño a la flora y la fauna locales. Sin embargo hay también otra forma de decirlo: el bordo es lo que hizo de Clara una mujer única en su especie y una ganadora justa del Premio a la Trayectoria otorgado por el Fondo Nacional de las Artes en el año 2016. Porque las alfombras que tramó a lo largo de toda una vida están signadas por esta técnica inusual. Porque la ubicación de las figuras en cada pieza sigue una suerte de ley interna, casi metafísica, que hace que Clara disponga flores y animales siguiendo una voz que nunca llega a escucharse. Porque los diseños —entre los que hay lagartijas, granadas, claveles— rescatan la identidad rural de ciertos territorios de la Argentina. Porque la confección de cada unidad, que puede tomarle entre uno y cuatro años, es enseñada a sus discípulas. Y porque al hacerlo, Clara, además de una artesana exquisita, deviene la transmisora de un saber y es la garante, en cierto modo, de que ese saber permanezca en el tiempo.

—Lo que yo les enseño es el punto del bordo. No estudié dibujo, pero todo lo que sé lo tengo adentro. Cuando uno se pone a bordar es algo muy íntimo. A medida que usted borda va viendo la naturaleza y va sabiendo lo que tiene en la cabeza, porque la cabeza manda la mano. Por ejemplo yo ahora tengo que bordar unos pavos para unas personas que me pidieron, pero esa alfombra no me sale de adentro. El pavo no me sale de adentro. No es un animal que me salga como el quirquincho, el zorrino, el chancho del monte.

Clara suspira. Es sábado a la mañana en la ciudad de Córdoba. Por el ventanal entra una luz que aviva las paredes blancas de la casa. En el piso, sentada contra el cristal que da al jardín, Clara cuenta su historia mientras hace lo mismo que viene haciendo desde hace ya varias décadas: bordar. Sin



la ayuda de anteojos, sin la morbidez de un sillón, con el cabello castaño y prolijamente acomodado, y con la espalda recta contra el vano de la ventana, Clara hunde la aguja en el cañamazo. A pocos metros, una de sus sobrinas, Cecilia Cardeilhac, hace lo propio con otra alfombra. Vino de Villa Allende, a veinte kilómetros de la ciudad, para avanzar su labor bajo la supervisión de Clara. Cecilia mueve las manos, recorta flores y aves de papel y las apoya sobre la tela. Prueba diseños distintos, murmura, luego mira a su tía.

—Yo sigo la intuición para poner cada cosa —le dice Clara—. Un día Martín Cullen me dijo “hiciste unos claveles grandes y unas lagartijas chiquitas”, y no sé por qué lo hice así. Pero a mí la diferencia de tamaño no me importó. Nunca estudié pintura ni composición, pero puedo dibujar cabras, aves y palmeras —Clara se detiene en un pensamiento, hace silencio, continúa: —Ahora quiero hacer una flor de zapallo. La tengo que pensar muy bien. Y quiero ver qué animal le pongo, si una liebre o un conejo. O una mara.

Clara Díaz se crió en el monte, al norte de Córdoba, en una aridez salvaje de la que luego saldrían las aves, las plantas y los felinos de sus alfombras. Allá, en la estancia de Maza Sacate, Clara tuvo una infancia feliz —muchos primos y hermanos; un padre médico que tocaba la guitarra en las tardes— y tuvo una muñeca que todavía conserva, y a la que le hizo su primera alfombra.

—Yo tendría cinco años. Mamá me dio un pedazo de arpillera y me enseñó el punto cruz, y tejí tres hileras azules. Después mamá le sacó los flecos en la punta. Yo estaba chocha con mi alfombra. Así empecé. Después seguí toda la vida.

Clara muestra algunas fotos de esos tiempos, principalmente de los años y las décadas que siguieron. Y lo que se ve es una mujer de talle fino, piel suave y mirada luminosa que recorre el mundo acompañada por sus alfombras. Ahí está Clara en México con unas monjas a las que les enseñó a bordar. Ahí está en Maza, ahí está descalza dibujando una guarda, ahí posa con sus alumnas, ahí se la ve en un campo mirando la alfombra que le vendió a Martín Cullen, ahí está con la otra alfombra que le regalaría después a Manuel Mujica Láinez. Todas esas labores llevaban meses de dedicación. Una vez, en el campo, mientras su padre dormía y ella bordaba alumbrada por una lámpara de kerosene, hizo la cuenta y concluyó que cada pieza tomaba unas 1500 horas de trabajo. Es decir, un año.

—En el campo yo bordaba todo el tiempo, a donde iba llevaba la bolsa de labor, y recuerdo que mamá me preguntaba qué iba a hacer yo con esos bultos. Porque yo hacía las alfombras y las embolsaba, y ya tenía nueve. Hasta que un día me dicen “tenemos unos intelectuales que vienen de La Cumbre: Mujica Láinez y Miguel Ocampo”, y yo, que vivía en el monte, no tenía idea de

quién eran, y cuando llegaron me hicieron abrir las alfombras y ahí nomás Manucho se arrimó a verlas y dijo: “¿Usted que hace con esto?” “Las hago y las embolso” contesté. “Cuando pase por la cumbre para ir a Maza venga a mi casa y tráigame otras que tenga” me dijo.

Y así fue. De ese modo se inició una amistad que llevaría a Clara a Buenos Aires. Cuando Mujica Láínez fue nombrado Asesor Cultural de la Nación, trajo las artesanías de Clara a una exposición en el Cabildo. Esa fue la primera de una infinidad de muestras que permitieron que el trabajo de Clara se luciera en el museo Fernández Blanco y el Museo Nacional de Arte Decorativo, entre otros espacios.

—Hice 32 alfombras a lo largo de mi vida, pero en mi casa no tengo más que dos. No las quiero vender por ellas —dice, y señala con la vista a su sobrina, Cecilia Cardeilhac—, por las alumnas, para que no se pierda la técnica. Es muy importante el arraigo de las técnicas propias.

Cecilia mira a su tía y pide ayuda para pensar el diseño en el que está trabajando. Con agilidad, Clara se pone de pie y se mueve por el ambiente central de la casa, lleno de escalones y desniveles que sortea con una facilidad notable.

—Yo elongo, es toda la gimnasia que hago. En Maza, con mi padre caminábamos todos los días tres kilómetros hasta la Virgen, rezábamos un ratito y volvíamos. Ese era mi deporte.

En una de esas caminatas, el padre de Clara preguntó por el futuro sentimental de su hija. “Una mujer se casa por distintos motivos: para armar una familia o por otra cosa” le dijo. Pero Clara respondió: “No me podría casar sin estar muy enamorada. Es demasiada intimidad. Mejor me quedo piola”.

—Así que soy solterona. De cinco hermanas mujeres, tres somos solteronas, de la época en que las solteras eran solteras de verdad, no como ahora. La hermana que vive acá al lado es soltera. La que sigue es soltera. El que sigue era hombre y los hombres tienen otro tipo de vida, pero se casó después como a los setenta, ¿no? —mira a su sobrina.

—Por lo menos —resopla Cecilia.

—Ahora la vida es muy libre. A lo mejor me hubiera gustado más nacer ahora, pero no sé.

Mientras habla, Clara abre un costurero del tamaño de un cofre y busca una tijera. Ahí adentro hay hilos, agujas finas compradas a los niños en la calle, las uñas de un puma cazado por su padre

hace ya varias décadas —una rareza guardada en una bolsita de plástico—, y un bollito de lana que usa Clara para firmar sus alfombras. Clara toma la tijera y vuelve al suelo, a su rincón lleno de agujas enhebradas —puede haber veinte— y ovillos. La técnica del bordo, dice, se practica también en otras provincias y otros países. En Santiago del Estero, por ejemplo, se llama “hilo cortado” o “pelo corrido”; en Catamarca le dicen “felpilla”; y se han visto agujas de bordo en Bolivia, Chile y México.

—Y es muy importante lo del posible origen en China... creo que ahí hay algo, tengo que hablar con Teresa de Anchorena sobre el tema de China —dice Clara en el suelo, sin levantar la vista del cañamazo. En esta casa de paredes sólidas y aberturas de quebracho, lo único libre, ingrátido, parece ser el pensamiento de Clara.

Clara vuela con sus alfombras. Y, cada tanto, cuando la abandona un pensamiento, vuelve.

—Yo creo que sigo haciendo alfombras porque es una forma de expresarse. No soy fotógrafa, fracasé con el óleo y con la cocina, ¿entonces cómo me expreso? —dice y se queda en silencio. Trabajando. Su modo de bordar se parece mucho a una plegaria: Clara Díaz borda como si rezara; como si ese acto reconcentrado la pusiera en diálogo con una inmensidad mayor. La que existe dentro de ella misma.





Class



May 2012



“Porque es tan hábil y enamorado el tejido
de pájaros y palmeras, flores y bichos,
caminos de tierra, granadas de patio y
animales salvajes aprisionados en campos
de lana rosa o rojo lacre o amarillo arena,
que huelgan los hombres y uno vaga solo
por un paraíso bordado.” *Martín Cullen*

Rundunes de Pozo Correa y Mburucuyá, 1993
Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 225 x 190 cm
Colección Eduardo Cernadas y Amelia Alzaga





Maras y Cardos en las Chacras de Maza, 2012
Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 208 x 239 cm
Propiedad de la artista

“La cuna de Clara es Maza, una fuente de agua en un bosque seco como el primer mito, el Paraíso, el agua que corre en el desierto del primer jardín. En Maza donde vivió muchos años, se acostumbró a mirar alrededor, a oler la tierra seca que se riega y a escuchar no solo el canto de los pájaros sino el silencio que parece condensar la luz en los cerros. El perfume de ese mundo encajonado que a mi, un náufrago, como somos los que nacimos en este mar donde las cosas flotan y se olvidan que es la pampa, donde es tan difícil enraizarse, me toca especialmente. Ese perfume denso que hace doler la nariz no solo porque el calor y la seca lo multiplican. Y al polvo del camino de esas sierras se lo huele de entrada como un recuerdo en los huesos sino por la historia imaginada...” *Martín Cullen*

Pájaros Carpinteros en el Palmar de Ischilin, 2006

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 230 x 203 cm

Colección Cullen



“...pero las fue alumbrando, una por año, cada una un recuerdo diferente, y a veces el recuerdo es tan vívido, como ese zorro que se sentaba a mirarlos, con la cola recogida como una cola de traje de corte, o ese rundun que venía a su ventana y se quedaba suspendido curioseándola, que esas lanas como en los cuentos de hadas se alcen para hablar.” *Martín Cullen*

Zorros entre Flores de Santa María, 2005
Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 235 x 225 cm
Colección Cullen







“Los prefiero cuando campean solos y los prefiero sobretodo cuando es una parte entera de Maza lo que teje como ese camino de tierra alineado de coroyuyos que me hace pensar en una tarde eterna, tan simple es la banda de lana lacre que contiene todo el polvo del interior, cercada por esas flores de papel blanco.” *Martín Cullen*

Coroyuyos y Libélulas, 1998

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 245 x 200 cm
Colección Cullen

Tortugas y Quimilos, 2010

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 180 x 220
Propiedad de la artista
(Página siguiente)











Suris de las Salinas Grandes, 2007

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo 220 x 210 cm
Colección Aldo Sessa y Teresita García Hamilton







“No solo las miro sino que las camino descalzo de noche cuando voy al baño y en la oscuridad me topo con una reina mora en relieve pero sin color, ese azul casi violeta con manchas turquesas que brilla de día contra el rosa encendido de la sierra, la lana que es la sierra. Y luego una cabra de monte con motas blancas en el pelaje pardo, contra el tronco de una palmera de Copacabana junto a una flor de penca igual de grande y escabrosa porque en esa alfombra el bordo es más tupido y duro y en el cuarto siguiente reconozco la redondez suave de las granadas de la casa grande que fueron tejidas hace treinta años, las primeras.” *Martín Cullen*

Cabras del Monte en el Palmar de Copacabana, 1982
Técnica de Bordo en lana sobre arpillera 304 x 247 cm
Colección Cullen
(Página anterior)

“Su diseño juega cada tanto con el equilibrio de animales chicos y flora grande, como en *Lagartijas y Claveles*, en otras las aves ocupan el aire rosado como esas reina moras que empujan las flores del aire a los rincones. Pero en todas hay una duda, una especie de imperfección que parece resolverse a último momento con un suspiro de alivio. Clara dice que no sabe lo que hace pero acierta como algunos niños, sobretodo con el color. Mírenlo. Para que describirlo.” *Martín Cullen*

Lagartijas y Claveles, 1981

Técnica de Bordo en lana sobre arpillera 235 x 197 cm
Colección Cullen





Mariposas de Ischilin, 1980

Técnica de Bordo en lana sobre arpillera 245x190 cm

Colección José Javier Díaz y Pilar Maña Castellanos de Díaz









Basta decir que sus Días son los cordobeses de Santa Catalina, para valorar, en Clara Díaz y en los suyos, a herederos de las más auténticas tradiciones de esta parte del país. Varias veces he estado en su casa, en Maza (Ischilin), situado a seis leguas del pueblo más próximo y desprovisto de luz eléctrica o de teléfono.

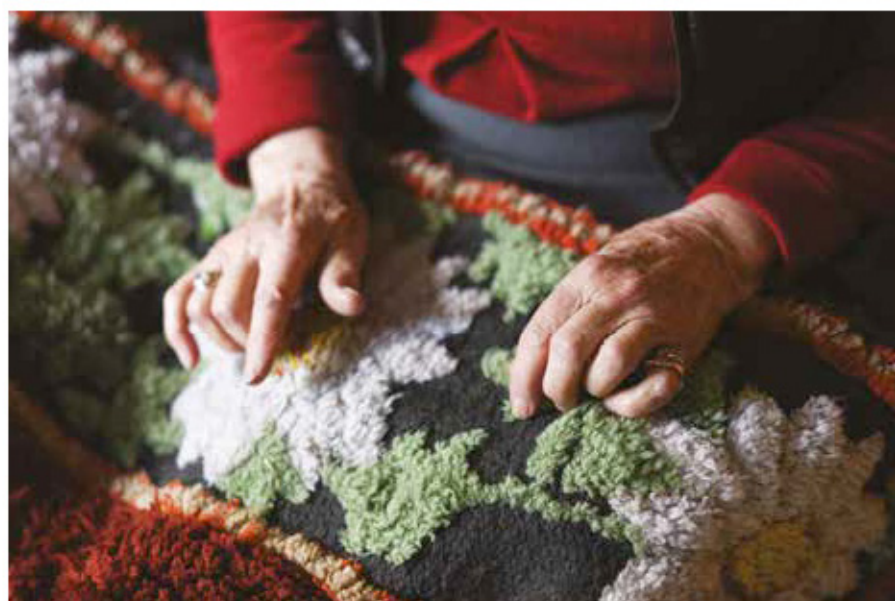
La fauna y la flora del lugar, muy bellas ambas, han sido, desde que abrí los ojos, sus compañeras inseparables.

De su tía abuela Encarnación Díaz Allende de Funes, cuñada de Roca y de Juárez, y de otras parientas que se reunían, en las tardes largas, para entretenerse con labores de tejido, recibí Clara Díaz las lecciones que, con el andar del tiempo, le permitirían crear...

Siempre hubo, en su casa de Ischilin, señoras sabias en el refinado quehacer de las alfombras "de bordo", precioso lujo del altar. Clara Díaz acogió una enseñanza que podríamos llamar legendaria, a partir de la primera niñez. Le ha sido fiel desde entonces. Cada alfombra suya le cuesta un año de aplicación. Son únicas. Como tapices de original dibujo, reflejan en sus exactos entrelazamientos al mundo maravilloso de Maza. En ellos perduran, deslumbrantes, las granadas, los picaflores, los zorzales, las achiras, los ya guaretés, las mariposas, las cabras, las palmeras, las pencas, las perdices... ¡Cuánta poesía guarda su perfección!

Marta Lucía Lerner
"El Paraíso", 1983.





A campo abierto

Fertilidad del mundo irrigada al objeto: viaje de lo corpóreo a la ilusión de luz; germinación de impacto en el "cuerpo emocional" que definen los maestros del Tíbet: ese ciclo proyecta Clara Díaz con su obra.

Como punto de partida, corresponde decir que Clara, además de una gran artista es una artesana de ese dominio técnico, manual, físico, que deslumbra en resultados. Y cuando hablamos con ella, entendemos que algo oriental sobrevuela, no solamente la historia de su arte –el bordo– sino también la de su formación, autodidacta y algo Zen: "No fui a clases. Mi clase –dice ella– fue el campo... fue mirar al cardo, mirar al zorro, a la mara: eso es lo que le da la fuerza a una: esas vivencias. Mirar. Mirar... el espíritu de las cosas."

Mirar el espíritu de las cosas no es método posible para quien no tiene la vocación de aprehenderlas: la de Clara, presente en cada una de sus "bordos": construcciones en alzamiento voluminoso del aura hilvanada, con la luz. Por ejemplo, en *Maras y Cardos en las Chacras de Maza* una de esas alfombras mágicas que nos cruzan su rayo como holograma cardal en formación salvaje, porque son muchos, e increíblemente, ninguno igual a otro. En su verdad, hasta hacen que sintamos en el cuerpo el salto inquieto del caballo que los cortaría esquivando a su galope. Y si nos acercamos más, si los tocamos, esa lana suave, recortada hebra por hebra, teñida color por color, revela un poco el espejismo, el truco, dando a las yemas de los dedos suavidad de estambres cálida, virajes de azules a violetas, y violáceos que velan verdor y finalmente, por ejemplo, en esas flores de cardos erguidos de fosforescencia casi el viento que sopla. Estamos campo adentro, campo-alfombra, los dominios de Clara.

Y las alfombras, y los efectos del bordo, siguen abriendo el monte fértil, fecundado en su "mirar el espíritu de las cosas". En *Zorros entre Flores Santa María* nos rodea una manada de zorrillos colorados que también se incorporan, nos miran, son espejismo puro en máxima verticalidad. Los tocamos con miedo... el pelaje... son ellos, al tacto, a la vista, a la luz de la tarde en que aparecen. Nada de taxonómica imitación: están vivos, saltando, como esas florcitas amarillas que impregnan el encuentro.

El arte del bordo, o quizás deberíamos decir "el saber" del bordo, que Clara retomó, enriqueció, vitalizó como un género propio –a partir de aquel que las monjas Catalinas enseñaban a sus pupilas, para llenar las horas de la siesta–

hoy abre su belleza extramuros: con fantasma en colores explosivos, con fulgor pantelista en alianza fáunica y vegetal que electrifica el aire al recorrer su obra. Clara lo profesa, ese es el verbo: como arte, como conocimiento, como hacer, como iluminación de la lana entre los dedos, desde el propio Ischilín, Córdoba, donde se le reveló hace muchas décadas. Sigue puliendo el arte y lo sigue enseñando a sus discípulas, jóvenes convertidas y devotas como ella. La misión no es para cualquiera: cada alfombra de bordo lleva más de un año de trabajo. Pero evoca siglos fundacionales de nuestra historia, de nuestro espacio más veraz, de nuestros animales, superficies, varones y mujeres; "niñas" que perpetuaron con hábiles dedos un reparo de lana mientras los señores gobernaban o guerreaban.

Entramado de visiones, de ecos de texturas fundiéndose en visiones, geografías, usanzas, ¿todo eso es un país, una patria, un terruño? Entonces eso es esto: esta obra de Clara Díaz Crespo, estas lanas labradas, unidas a las pieles, a las casas, a las voces, a lo mucho vivido; por ella, por sus padres y abuelos, a su vez fundadores de una Argentina precoz y algo salvaje, como el país mediterráneo, dueño de sí, ajeno al puerto. Tamaño peso fundante tienen sus alfombras de bordo, deudoras del siglo XV, del indio nuestro (acaso del morisco hispánico, también, aunque Clara prefiere señalar el Oriente Asiático) Alfombra, al fin, del lujo rústico y primero; devenido garbo criollo; lujo que honra la vista, el estar y habitarse; no para encandilar, para vivirlo.

Cuando entramos a él, a ese lujo, entramos a un territorio concebido por Clarita, con su mayúscula y luminosa claridad, valga la redundancia, con la infancia de acervo que ella sigue reconvirtiendo, pulsando en granadas, picaflones, zorzales, yaguaretés, liebres, mariposas, cabras, palmeras, pencas, perdices. El paraíso perdido, por ella reencontrado en sus mapas-alfombra, en sus bordos desbordantes.

Esa es Clara, identidad implosiva: tan argentina obrando, obrera y maestra del amarre y desamarre en la textura, en la paleta abigarrada o leve, que nos rescata para un sueño infantil de alfombras mágicas. Clara plasmando otra cosa en otra cosa. Como el camino borgiano que tercamente se bifurca en otro, que tercamente se bifurca en otro. Y que pudo ser música, escultura, verso, pero supo ser bordo: esa es la trama.



Discípulas

Susana González Allende

Clara Díaz Cardeilhac

Teresa Díaz Cardeilhac

Monica Quevedo

Cristina Piñeiro

Silvia García

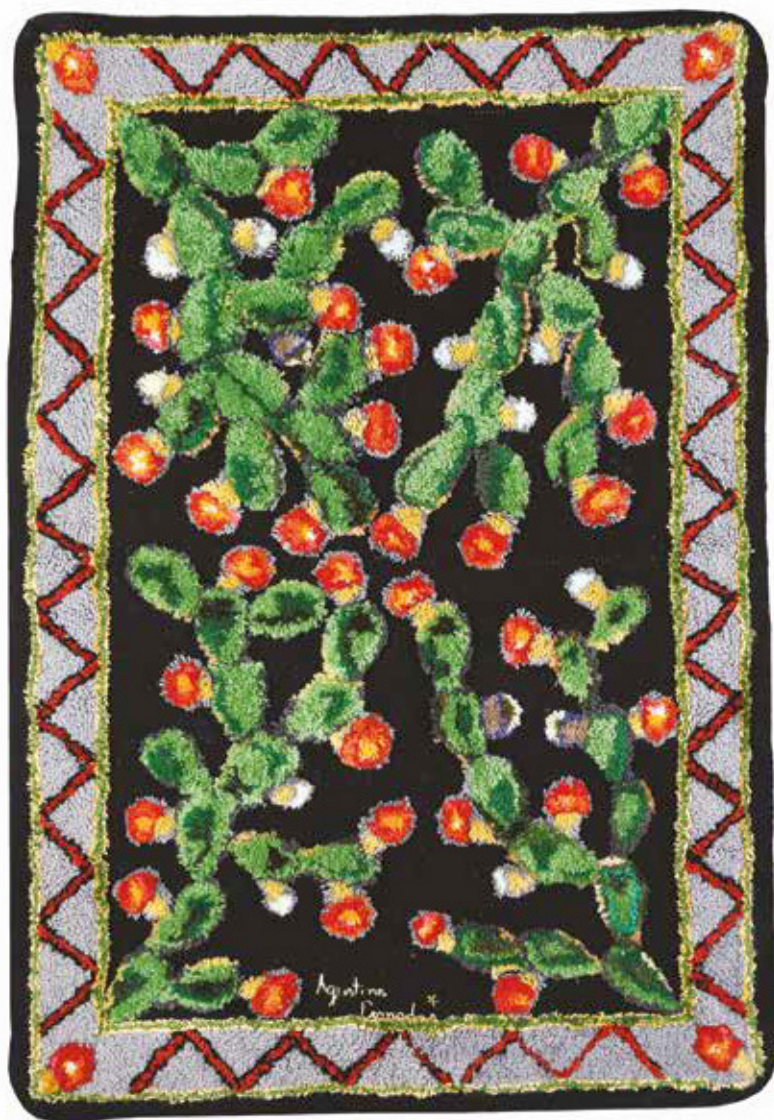
Clara Cernadas

Agustina Cernadas

Teresa Alzaga

Magdalena Cernadas





Agustina Cernadas
Químilos-Variación, 2013

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo, 140 x 100 cm



Clara Cernadas
Quimilos - Variación, 2013
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 140 x 100 cm



Teresa Alzaga
Laberinto, 2013
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 84 x 114 cm



Mónica Quevedo
Los Rundunes de La Trinidad, 2013
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 85 x 140 cm



Magdalena Cernadas
Flores y Granadas, 2017
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 235 x 135 cm



Clara Díaz Cardeilhac
Zapallares en Santa Catalina, 2012
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 188 x 125 cm



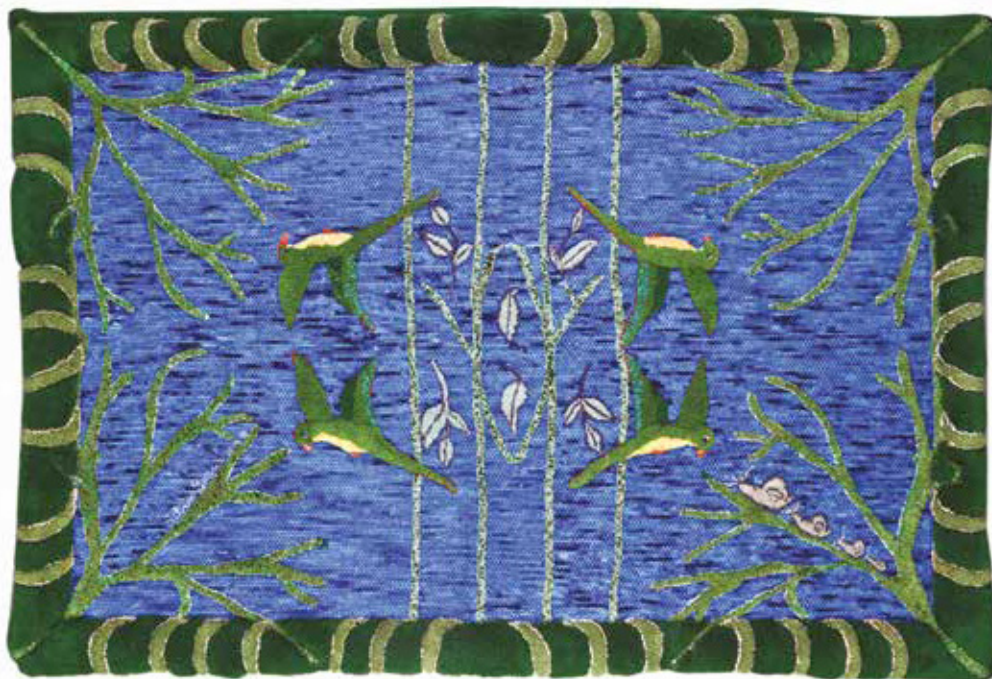
Cristina Piñeiro Berry
Sin Título, 2012
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 97 x 136 cm
Colección Carolina Piñeiro



Susana González Allende
La Puerta, 2005
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 140 x 100 cm



Teresa Díaz Cardellhac
*Rudbeckias en el patio de las
higueras de Santa Catalina*, 2012
Técnica de Bordo en lana sobre
cañamazo, 184 x 133 cm

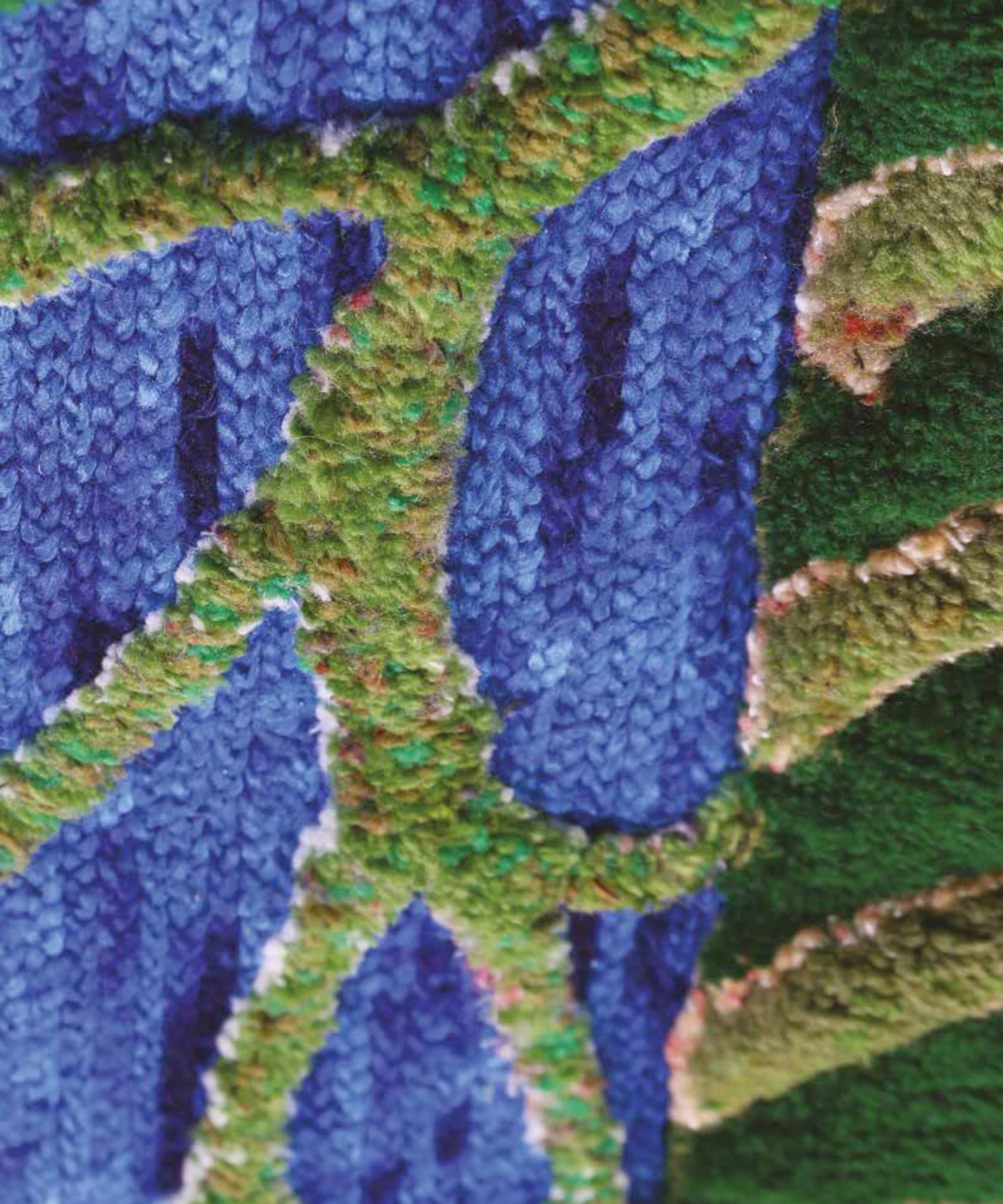


Silvia García

Loros que bailan en Loreto, 2009

Técnica de Bordo en lana sobre cañamazo, 130 x 200 cm

Colección Andrés Balaciano



PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Mauricio Macri

Presidente de la Nación

Gabriela Michetti

Vicepresidente de la Nación

Marcos Peña

Jefe de gabinete de Ministros

MINISTERIO DE CULTURA DE LA NACIÓN

Pablo Avelluto

Ministro de Cultura

FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

Carolina Biquard

Presidente

Facundo Gómez Minujín

Vicepresidente

Enrique Avogadro

Representante del Ministerio de Cultura

Directores

Rosa Alello

Teresa Anchorena

Sebastián Blutrach

Enrique García Espil

Alberto Manguel

Marcelo Mogullevsky

Juan Javier Negri

Eduardo Paz Leston

Inés Sanguinetti

Eduardo Stupia



Dirección de contenidos FNA
Tamara Florin

Edición
Josefina Licitra

Producción
Juan Balza
Martín Ariza
Gerardo Borrello Lista

Diseño
Guido Martín Della Bella
Paula Galli

Fotografías
Alejandro Guyot ~ Rodrigo Mendoza



Ministerio de Cultura
Presidencia
de la Nación



Ministerio de Cultura
Presidencia
de la Nación



Fondo Nacional de las Artes